



NOSTALGIA

He visitado el Monasterio de Santa María de Óvila, en Trillo, mi pueblo, por motivos de celebrar la primera comunión de un sobrino nieto, en cuya ceremonia bauticé además a un pequeño de dos años, de origen colombiano, y di por primera vez el Sacramento del Cuerpo y de la Sangre de Cristo a cuatro niños.

Después de la ceremonia, mi familia se reunió en la finca del antiguo monasterio cisterciense de Santa María de Óvila, cuyo abad, en 1245, contribuyó a la fundación del Monasterio de monjas de La Buenafuente del Sistol.

No he podido contener la nostalgia al saber lo que fue, y al ver lo que queda de aquella abadía de monjes blancos. Sin duda, es una herida sangrante de la historia, por lo que se puede hacer cuando se actúa por ideología.



El consuelo que me queda es saber que parte de las piedras han servido para reconstruir la sala capitular del Monasterio de Santa María de Óvila en San

Francisco, California.

Duele mucho el ver las ruinas de un lugar que podría haber sido centro de espiritualidad y de cultura en la Alcarria. Aunque no haya presencia monástica, queda, sin embargo, el eco de la salmodia elevada durante más de seiscientos años, de quienes entonaron los melismas gregorianos y seguían la Regla de san Benito.



El rumor del río Tajo, la templanza del clima, la brisa en la chopera, los campos cultivados, las piedras centenarias, los vestigios del claustro renacentista, siguen siendo, aún con nostalgia, testigos del lugar cenobita, anclados en la memoria, pero que siguen proclamando la sed que el ser humano tiene de Dios.

